

Vincenzo Paglia

## La «Casa común» y la «Familia humana»

Este encuentro se produce inmediatamente después de la XXI Conferencia Mundial sobre Cambio Climático celebrada en París y después de unos meses de la Encíclica *Laudato Si* del Papa Francisco sobre el cuidado de la creación. Es obvio que no podemos olvidar las numerosas intervenciones en las que, desde hace décadas, los responsables de las naciones y las religiones vienen hablando de la urgencia de salvaguardar la creación. Hay un hilo rojo que las une todas: la conciencia, cada vez más clara, de que estamos en un momento crítico de la historia en el que, por primera vez, los hombres pueden destruir la vida de todo el planeta. Basta con pensar en la amenaza nuclear y en la devastación medioambiental. El Papa Francisco promulga esta encíclica sobre el cuidado de «la casa común» vinculándola a la encíclica de Juan XXIII sobre la paz, *Pacem in Terris*. A este reto histórico se enfrenta la humanidad entera en todas sus manifestaciones, de la religión a la política, de la economía a la cultura, de la ciencia a la organización de la vida diaria de la sociedad. Por esa razón es tan oportuno también nuestro encuentro de reflexión sobre estos temas.

Me pidieron que hiciera una reflexión sobre el aspecto espiritual de este enorme reto. Como es de imaginar, se trata de un aspecto que recorre las páginas de la encíclica del Papa. Por ejemplo, resultaría simplista considerarla una encíclica «verde». Porque el Papa, mientras aboga por la aplicación de propuestas de política económica y medioambiental, subraya la urgencia de un cambio de vida radical de los pueblos de la tierra. Propone una «ecología integral» que requiere una auténtica conversión interior de las almas que él denomina «conversión ecológica». Sólo en el amplio horizonte de una ecología integral es posible encontrar una respuesta adecuada tanto a la crisis del medioambiente como a la de la sociedad humana.

Suenan más actuales que nunca las palabras del teólogo Günther Anders, que hace un tiempo escribió: «La era en que vivimos, aunque vaya a durar para siempre, es definitivamente la última era de la humanidad [...]. Vivimos el fin de los tiempos, es decir, en esa época cuyo final podemos provocar en cualquier momento». Y confía al menos en el surgimiento de la «valentía de miedo». Parece decir: «¡Estamos tan dormidos y somos tan cobardes que ni siquiera somos capaces de tener miedo! Atención: la “crisis ecológica” puede provocar una “muerte ecológica” del planeta». Añadiría a estas observaciones que no es suficiente con el miedo, que hoy supone un primer paso. Pero se requiere además una nueva visión del mundo que implique a todos los pueblos de la tierra. El Papa Francisco dirige su encíclica a todos los habitantes del planeta con la convicción de que «la humanidad tiene aún la capacidad de colaborar (con Dios) para construir la casa común» (núm. 13).

Los dos ponentes que me preceden ilustran sobradamente los límites del desarrollo humano tal como se ha llevado a cabo hasta ahora. En realidad, el Club de Roma nos alertó ya en aquel lejano 1972 respecto a la fe ciega en el progreso que aporta la civilización técnico-científica. La esencia de aquella advertencia estaba clara: la explotación de la naturaleza por medio de la producción técnica no puede continuar indefinidamente. Han pasado desde entonces más de cuarenta años y, por desgracia, aquellas advertencias no se han tomado en serio. La XXI Conferencia Mundial sobre Cambio Climático confirma que hemos llegado al final del camino.

La encíclica *Laudato Si*, que a pesar de ser un documento religioso centra la atención en los problemas medioambientales (sobre todo en el primer capítulo), destaca el peligro de consumir literalmente la tierra y dañar las funciones que son esenciales para el mantenimiento de la vida, como la estabilidad del clima, la regeneración de la fertilidad de los suelos o la reposición de las reservas de agua dulce limpia.

Destaca a continuación el gravísimo problema de la pobreza en el mundo con la creciente desigualdad entre países ricos y países pobres, que contradice el mandamiento original de la tierra como casa común de todos. Por desgracia, las crisis ecológicas

provocan graves crisis humanas o agravan las ya existentes, como carestías, hambre, guerras por la posesión de recursos cada vez más escasos, guerras incluso por el agua, propagación de enfermedades; y todo ello causa un gran número de refugiados por motivos ambientales. El destino de los pobres y la suerte del planeta están estrechamente relacionados.

A esto hay que añadir el azote de las guerras que también causan desastres en el plano de la defensa de la creación. Aunque los acuerdos internacionales prohíban las armas químicas, biológicas y bacteriológicas, el hecho es que en los laboratorios continúa investigándose el desarrollo de nuevas armas ofensivas, capaces de alterar el equilibrio natural. Aunque hoy cualquier forma de guerra causa daños ecológicos incalculables. Las guerras locales o regionales, por limitadas que estén, no sólo destruyen vidas humanas y estructuras sociales; también dañan la tierra, arruinan las cosechas y la vegetación, envenenan los suelos y las aguas. Y los supervivientes se ven en la necesidad iniciar una nueva vida en condiciones difícilísimas que causan a su vez situaciones de grave malestar social, con consecuencias negativas también en el plano medioambiental. Dejaré de insistir en estas cuestiones para detenerme a considerar la obligación moral de poner fin a esta dramática situación. Por lo demás, aunque sea cierto que hemos llegado al final del camino, no disponemos de ningún planeta B al que subirnos.

### Es imprescindible un salto moral

Entonces, ¿qué hacemos? Sin duda alguna es urgente identificar caminos innovadores y valientes, establecer una nueva relación con la naturaleza y centrarse en el desarrollo de cada persona y de toda la familia humana. Sin duda esos caminos hay que buscarlos en el plano técnico y el político, y es la principal obligación de las clases dirigentes de las sociedades del planeta. Pero es poco probable que tal empresa se lleve a cabo sin un salto moral más general que permita distinguir y aceptar un horizonte común para toda la familia humana. Ése es el significado de la «conversión ecológica» que el Papa Francisco desea en la parte final de la

encíclica. Creo que esto es crucial. Hoy es posible salvar el planeta del desastre únicamente con una nueva visión del mundo y una profunda transformación de los corazones.

Me gustaría recordar lo que escribió en los años setenta del siglo pasado el filósofo judío alemán Hans Jonas, que fue uno de los primeros en hablar de la gravedad del problema ecológico. Él exige a las personas que se responsabilicen de la crisis ecológica como única forma de socavar las raíces del hedonismo de la cultura moderna del placer y del hombre tecnológico como «máquina deseante». Jonas piensa que el insistente *carpe diem* que propone sin cesar el bienestar individual como ley suprema de la conducta hace cada vez más discutible la primacía del bienestar individual sobre el bienestar del grupo. La búsqueda del bienestar propio a toda costa choca con el bienestar colectivo y pone en riesgo la continuidad de la vida en el planeta. En su opinión el problema es de tales proporciones que se hace necesaria no sólo una nueva ética, sino también un nuevo ascetismo que involucre las diferentes culturas e incluso las grandes religiones del mundo. Y hace referencia a lo que significó el cristianismo para la sociedad romana de la época. Jonas escribe: «Al comienzo del cristianismo hubo hombres que, bajo la influencia de una poderosa religión ultraterrena, lo hicieron todo por el ascetismo. Por el bien de la vida en la tierra nunca se ha hecho. Se da sólo en momentos concretos, cuando un pueblo está en peligro y los jóvenes están dispuestos a defender la patria. No sé si es posible conseguir, sin una religión trascendente, un ascetismo de la masa, allí donde el peligro no está tan claro como en un barco que se hunde, sino que se extiende a lo largo de las décadas y a través de los continentes».

Se trata de reflexiones que apuntan alto, pues están destinadas a involucrar no sólo a los creyentes, sino a todas las personas de buena voluntad: el autor espera pasiones fuertes y decisiones atrevidas por parte de todo el mundo, una auténtica revolución de la conciencia. Por lo tanto, no son suficientes las opciones políticas y técnicas, por previsoras que éstas sean. No obstante, esas opciones —que son indispensables— sólo serán posibles si se produce un salto general de la conciencia tanto de los dirigentes como de la gente. Es tan negativa la relación entre la

reducción de la moral y la inestabilidad ecológica, que resulta obvio que la relación entre una resurrección moral y la protección de la casa común será positiva. En 1990, Juan Pablo II, en un extraordinario mensaje de año nuevo, afirmó: «La sociedad actual no encontrará solución al problema ecológico si no revisa seriamente su estilo de vida. En buena parte del mundo la sociedad tiende al hedonismo y al consumismo, y permanece indiferente a los daños que ello provoca».

Por eso ya no son suficientes unas simples exhortaciones morales. No son realistas. Es necesaria una auténtica conversión del modo de pensar y de comportarse. Hay que apartar los ojos de uno mismo y sentir la responsabilidad hacia la vida de los otros, no sólo la de los que nos rodean en el momento presente sino la de las futuras generaciones del mundo. Un estilo de vida más austero, la disciplina del comportamiento, la templanza en los deseos y el espíritu de sacrificio para ofrecer ayuda a los demás deben caracterizar la vida diaria de la mayoría de las personas si no queremos vernos obligados a sufrir todas las consecuencias negativas de la indolencia de unos pocos. Por lo tanto, debe establecerse un nuevo sentido de la vida, del desarrollo y de la felicidad en el horizonte de una nueva visión del mundo y de su destino. Pero ahí es donde está el problema. Por desgracia, hemos entrado en el nuevo siglo descargados de visiones y de pasiones. Vivimos todos, tanto las personas como los colectivos, un poco cabizbajos, replegados sobre nosotros mismos. Intimidados ante un futuro incierto, preferimos encerrarnos a defendernos, como en un fortín sitiado. En este contexto miope y triste asoma la profecía de la encíclica *Laudato Si*: redescubrir el gusto por el sueño de Dios para el mundo, que es el sueño de una casa común para una única familia humana, la de hoy y la de las generaciones futuras.

El hombre, administrador de la creación, no su dueño

Era el sueño del principio. No debemos olvidar que la crisis ecológica no llega por casualidad y menos aún sin motivos. «En la base de la destrucción del medio natural hay un error antropológico», escribió Juan Pablo II en la *Centesimus annus*

(núm. 37). El error es la pretensión del hombre de ser el dueño absoluto de la tierra, *ab-solutus*, suelto de cualquier vínculo, y por lo tanto, de disponer de ella arbitrariamente, como si la tierra no tuviese una forma propia y un destino anterior a cada individuo o grupo.

La tradición judeo-cristiana (que el Islam acepta en parte) es clara en este sentido. El hombre recibe de Dios la responsabilidad de custodiar la creación junto a Él. Dios lo ha creado a su imagen y semejanza (Gn 1, 26) para que lo represente. La creación, cuya culminación es el hombre, le ha sido confiada para que «domine sobre los peces del mar, sobre las aves del aire, sobre el ganado, sobre las bestias campestres y sobre los reptiles de la tierra» (Gn 1, 26). Incluso en la bendición de Dios se repite esa responsabilidad: «Sed prolíficos y multiplicaos, poblad la tierra y sometedla; dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre cuantos animales se mueven sobre la tierra» (Gn 1, 28).

El hombre debe ser prolífico, es decir, vivir y asegurar la calidad de la vida luchando contra la muerte: no debe desaparecer ni retirarse, sino multiplicarse y habitar la tierra en su extensión. Llenarla no significa agraviarla, ni multiplicarse sin medida, sino habitarla de forma que sea una buena morada para todos. El verbo *kavash* («subyugar») puede significar «caminar sobre, dominar sexualmente» pero del mismo modo en que entre hombres y mujeres puede haber una relación que no sea de sometimiento, así debe ser entre el hombre y la tierra. Y la palabra *radah*, que significa «dominar», debe entenderse como la acción de quien debe guiar al pueblo hacia una vida plena y de paz. Ninguno de los dos verbos citados significa el ejercicio de un poder opresivo, arbitrario y violento, es más, ambos excluyen totalmente la explotación y la destrucción de la tierra.

Ése es el significado de *Jubileo*, un tiempo de descanso y de reinicio, tanto para los hombres como para la tierra. El hombre es señor de la creación (Sl 8) en tanto que mandatario de Dios. Por esa razón convergen este mandato y lo que está escrito en el más antiguo relato de la creación, donde dice: «Tomó pues Yavé Dios al hombre y le puso en el jardín de Edén para que lo cultivase (*'avad*) y custodiase (*shamal*)» (Gn 2, 15). La tierra no es suya,

sigue perteneciendo a Dios. Además, hay que tener en cuenta que el mandato de subyugar la tierra y dominar sobre los animales Dios se lo da a un hombre que no es carnívoro sino vegetariano, puesto que le da como alimento «toda planta sementífera sobre toda la superficie de la tierra y todo árbol que da fruto conteniendo simiente en sí» (Gn 1, 29). Los seres que tienen *nefesh*, es decir, vida animal, no pueden servir de alimento a los hombres según la voluntad de creación de Dios, por lo tanto el cosmos está destinado a vivir una relación de grande y total respeto por la vida.

El poder que Dios dio al hombre tiene un límite. El autor sagrado lo describe con la prohibición de comer el fruto del árbol de la vida. Cuando el tentador se acerca a Eva para convencerla de que coma y ella plantea la objeción de la muerte, le dice: «No, no moriréis! Antes bien, Dios sabe que en el momento en que comáis se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal» (Gn 3, 4). Es la tentación prometeica que se repite sin cesar tanto en la historia personal como en la colectiva: el hombre no sólo se siente *faber* sino también *creator*, ya no limitado sino omnipotente. Aquí está la raíz profunda de la subversión del orden natural. Y debe recordarse que esta tentación es como el pecado: «Agazapado en tu puerta» (Gn 4, 7). Por lo tanto, el salto ético, y también religioso, supone regresar a antes de que el pecado de omnipotencia entrase en el corazón del hombre forzando la puerta. Es urgente que el hombre recupere su existencia como *dominus*, no *creator*, y establezca una relación dialéctica con la creación para transformarla sin traicionarla, para usarla como casa sin destruirla.

La crisis ecológica también está cuestionando la reflexión teológica cristiana. Los estudios sobre la creación se están multiplicando. La «conversión ecológica» señala que la dominación de la creación por el hombre es el «reflejo real del dominio único e infinito de Dios». Moltman, conocido Teólogo protestante, nos invita a replantear una antropología cristiana más integrada en toda la creación. Y tras aludir a los riesgos de cierta teología que puede haber aprobado incluso el despotismo del hombre sobre la naturaleza, apela a una especie de «espiritualidad cósmica» que, por otra parte, está presente en la tradición de la

Iglesia. Por no citar únicamente a San Francisco, recordaré lo que dijo a sus discípulos un antiguo monje, Zósimo: «Hermanos, no temáis el pecado, amad al hombre, incluso en el pecado permanece en él la imagen del amor divino. Amad la creación en su totalidad y en todos sus elementos, cada hoja y cada surco, los animales y las plantas. Amando todas las cosas entenderéis el misterio de Dios en las cosas. Y comprenderlo os ayudará todos los días. Y terminaréis amando el mundo entero con un amor universal».

Es una visión totalmente acorde con la visión bíblica de la creación que el Papa Francisco ha retomado y consagrado en la encíclica *Laudato Si*. En la Biblia, el cielo, la tierra y todas las criaturas no son entidades extrañas entre ellas, inmóviles y fijas, sino que forman parte de un escenario que se desarrolla en el espacio y el tiempo. La creación da inicio al tiempo y termina con el séptimo día, durante el cual todo el universo reposa, de modo que todas las criaturas están en el tiempo, en la historia, no son parte de un paisaje independiente y separado del hombre que ha sido colocado allí desde el exterior. No. El hombre, que las Escrituras colocan en la cumbre de la creación, viene de la tierra. Dios ha formado al *adam*, al hombre, a partir del *adamà*, es decir, de la tierra (cf. Gn 2, 7). ¡El hombre es terrestre porque ha salido de la tierra! Se podría decir que, de alguna forma, la tierra es, si no madre, al menos matriz del hombre. El hombre nunca podrá olvidar su origen porque a la tierra volverá (cf. Gn 3, 19). La tierra es la criatura de Dios y el hombre es la criatura de la tierra, «co-criatura» con la tierra. Algunos exégetas traducen: «Dios formó al hombre, que es polvo de la tierra» (Gn 2, 7) y no «Dios formó al hombre del polvo de la tierra». Dios creó al hombre libremente, sin el consentimiento de la tierra, aunque la tierra es matriz del hombre. Pero atención, los animales también están hechos de la tierra, del *adamà*, como el hombre (cf. Gn 2, 19). Luego fueron llevados al hombre para que les diera un nombre, como signo de superioridad.

Los animales no son capaces de establecer un cara a cara con el ser humano, y sin embargo son los destinatarios de una relación con el hombre que les permite recibir un nombre, es decir, ser sujetos, compañeros, ayudantes del hombre. Pero el hecho de ser



todos co-criaturas de Dios sólo se completa como comunión con la creación de la dualidad, de la alteridad: y Dios crea a la mujer, que las Escrituras consideran sacada del hombre para afirmar la igualdad con éste; pero la mujer también es diferente, o más bien «otra», para que sea posible el cara a cara, la relación, la comunión. El hombre y la mujer son co-criaturas por voluntad de Dios y están llamadas a convertirse en una sola carne (cf. Gn 2, 24), y esta relación entre hombre y mujer deberá prevalecer sobre la propia relación familiar... En definitiva, la creación según el relato bíblico (Gn 2) es una comunidad de co-criaturas, porque el hombre está en estrecha relación con la tierra, las plantas y los animales, ¡y es relación en sí mismo: hombre y mujer!

Hay otros indicios que muestran la creación como una comunión de co-criaturas. En el relato de la creación Dios bendice a los animales del cielo y de las aguas diciendo: «¡Creced, multiplicaos y llenad las aguas del mar y multiplíquense las aves sobre la tierra!» (Gn 1, 22). Es la misma bendición que da a los hombres (cf. Gn 1, 28), destacando así que hay una solidaridad en crecer y en habitar el universo por parte de hombres y animales: Dios ha dado a ambos el universo como un lugar para vivir, y la relación entre el hombre y el animal es en primer lugar de semejanza, de solidaridad, de compartición del espacio vital. Justo por eso la creación de las plantas y los animales es algo «bueno», y la del hombre, algo «muy bueno», y todas las criaturas están destinadas al séptimo día, día en el que alcanzan destino y plenitud de existencia. El hombre, por lo tanto, no existe sin las otras criaturas y el mundo existe como casa del hombre. Desde luego, hay una diferencia sustancial entre el hombre y las otras criaturas. Lo explicaba muy bien Romano Guardini cuando afirmaba que las cosas nacen por mandato de Dios, mientras que el hombre lo hace por una llamada de Dios. Es la perspectiva de una persona que une al hombre a Dios de una forma única, hasta convertirlo en su representante en la creación.

Hacia una ecología humana

Sin embargo, no hay que olvidar que además de una ecología

ambiental hay también una «ecología humana», que se refiere a la vida misma del hombre y su dimensión espiritual, a partir de las numerosas conductas contaminantes que revelan una falta de respeto por la vida generalizada. ¿Cuántas veces, por ejemplo, las razones de producción prevalecen sobre la dignidad del trabajador y los intereses económicos prevalecen sobre el bien de las personas e incluso sobre el de poblaciones enteras? Tampoco podemos obviar la preocupación por las enormes posibilidades de la investigación científica y biológica que pueden provocar perturbaciones devastadoras. No todo lo que el hombre puede hacer debe hacerlo. Pensemos por ejemplo en la tragedia de la bomba nuclear. ¿De verdad fue un progreso? Y no creo que podamos medir los daños de una indiscriminada manipulación genética y de un desarrollo imprudente de nuevas especies de plantas y formas de vida animal, por no hablar de las intolerables intervenciones sobre los orígenes de la propia vida humana. Todos sabemos que, en un área tan delicada, la indiferencia o la negación de las normas éticas básicas llevan al hombre al umbral de la autodestrucción. El respeto por la vida y, sobre todo, por la dignidad de la persona humana debe convertirse en la norma de inspiración fundamental para un sano progreso económico, industrial y científico.

Y también tenemos que prestar más atención a la contaminación ética que, mediante comportamientos irresponsables, arrasa la cultura de pequeños y grandes inspirando convicciones devastadoras. El fracaso de la vida moral, que está socavando las bases de la convivencia en nuestras sociedades, requiere por parte de todos una atenta concienciación y la gran responsabilidad de edificar una sociedad a medida del hombre y de la creación.

Fracaso ecológico y fracaso moral requieren un gran salto espiritual para suscitar nuevas pasiones por el mundo, por la sociedad, por el bien común de todos.

Sin este gran salto es difícil establecer una perspectiva de solidaridad universal. Únicamente con grandes sueños nuevos se verán las personas y los pueblos impulsados a salir del egocentrismo instintivo y a saltar con pasión hacia un proyecto global. Creyentes y laicos están llamados a iniciar un debate esencial y fecundo. Luc Ferry, filósofo francés no creyente, es uno

de los que se aventuran en esta dirección. Él ve con preocupación el aumento de una concepción egocéntrica de la vida causado por la pérdida de sentido: «Después del relativo retroceso de las religiones, después de la muerte de las grandes utopías que insertaban nuestras acciones en el marco de un gran proyecto, la cuestión del sentido ya no puede encontrar un lugar para expresarse a nivel colectivo [...], queda confinada en la intimidad de la más estrecha esfera privada. Asoma sólo en ocasiones excepcionales, duelos o enfermedades graves». Está vacío. Y la situación no parece pasajera.

En el horizonte, continúa Ferry, no aparecen signos de un nuevo «gran proyecto» que de sentido a la vida y al mundo. Y añade que si se quiere evitar el riesgo de caer en el abismo de la nada no basta un simple «retorno a la ética». Es imprescindible un nuevo humanismo, una nueva visión del hombre y de su destino, que debe tener rasgos similares a los religiosos: «la moral es útil y también necesaria, pero sigue estando en el grupo negativo de la prohibición. Si las éticas laicas, incluso las más sofisticadas y perfectas, debieran constituir el horizonte último de nuestra existencia, seguiría faltándonos algo, en realidad lo más importante: el amor (tanto de las personas como de las comunidades)». Parafraseando las famosas palabras de Heidegger, «¡Sólo un Dios puede salvarnos!», se podría decir que, frente al predominio absoluto de la cultura tecnológica, ¡sólo el amor nos salvará! Éste es el contexto de la encíclica papal, que recoge la enseñanza del magisterio precedente y la del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla, que con el patriarca Bartolomé ha sido precursor en la reflexión teológica.

## La transfiguración de la creación

Por último, si se me permite, quiero hacer un guiño al «sueño de Dios» para el mundo, en su principio y su final. «Al principio», dice la Biblia en el Génesis, el hombre recibe de Dios un jardín para cultivarlo y custodiarlo, para que sea espacio de vida y morada para todas las criaturas en justicia, en paz, en belleza. Luego está el «fin» de la historia que el Apocalipsis revela en una

ciudad hermosa con un jardín (cf. Ap 21-22) cuya construcción también corresponde al hombre mientras Dios la hace descender del cielo. Entre el «principio» y el «fin» se encuentra toda la historia humana, marcada tanto por las heridas de los hombres que ceden a la tentación de la omnipotencia y que desfiguran la creación, como por el compromiso de muchos creyentes y de personas de buena voluntad que dedican sus vidas al bien de todos. El compromiso de transfigurar la creación entera es la gran hazaña confiada a cada generación.

Debe crecer cada vez más la conciencia de la relación entre el hombre y la creación porque o se salvan juntos o juntos perecerán. Se podría decir incluso que la salvación de la humanidad afecta a la de la creación. Es San Pablo quien realiza esta conexión en la «Carta a los Romanos» cuando escribe: «La creación está aguardando en anhelante espera la revelación de los hijos de Dios [...] Sabemos, efectivamente, que toda la creación gime y está en dolores de parto hasta el momento presente» (8, 19-22). Hay una espera en todas las criaturas, un deseo de salvación cósmica, que sin embargo sólo es posible si los hombres realizan su vocación de convertirse en hijos de Dios. Cuando los hombres sean hijos de Dios, es decir, estén unidos a Jesucristo, entonces también la creación conocerá su transfiguración, su «novedad», y se generarán cielos nuevos y tierra nueva.

Los profetas han anunciado muchas veces este futuro de la creación, describiéndolo con las imágenes del lobo y el cordero pastando juntos, del niño y la serpiente jugando, del desierto en flor (cf. OS 2, 20; Is 11, 6-8; 32, 15-17...). Son visiones que pretendían despertar pasiones para construir un futuro, no sólo para ellos mismos sino para todos. Jesucristo representa la línea divisoria decisiva de la historia de la creación en toda su amplitud. El día de Pascua, se retira de la entrada del sepulcro la piedra que la cubría. Jesús, el «primogénito de toda la creación», se convierte en el «primogénito de aquellos que se levantan de entre los muertos» (Col 1, 15-20). El cuerpo de Cristo resucitado es el «espacio» en cuyo interior la creación es recogida por Dios y transformada. Con él comienza los últimos tiempos.

Frente al «desierto que avanza», como anunció Nietzsche, frente a la tierra cada vez más desolada, frente a la destrucción de la

creación, los cristianos son llamados a unirse a Cristo, que desciende a las profundidades de la creación para curarla de la corrupción y dirigirla hacia lo Alto. Eso es lo que los cristianos celebran y esperan todos los domingos cuando se reúnen alrededor de la Eucaristía. Celebran una salvación de la creación que no es ni individual ni abstracta. El domingo viven ya el futuro de la creación, es decir, la familia humana habitando una ciudad universal y en paz. La Eucaristía, ese pequeño pan transfigurado, ese «fragmento» lo resume ya todo, aunque aún esté por llegar la plenitud. Eso celebran los creyentes todos los domingos.

¿Y aquellos que no creen, o que creen de otro modo? Todos están llamados a abrirse al amor: ésa es la manera de transformar, no sólo de salvaguardar, la creación. Hoy somos más conscientes de que no se puede amar al hombre sin amar también su casa, la tierra. La crisis ecológica puede ser una buena oportunidad no sólo para provocar la «valentía del miedo», como alguien acertadamente reclama con el fin de obtener decisiones y comportamientos sabios, sino sobre todo para redescubrir la fe por parte de los creyentes y el amor por parte de todos. De hecho, sólo el amor salvará la creación.